

JOSÉ FRANCISCO IBERICO

y el rescate de nuestros autores

Osmar Gonzales



Es justo reconocer que las provincias han enriquecido considerablemente aquello que denominamos cultura nacional. A pesar del centralismo económico y político que ostenta Lima, gran parte de nuestros grandes autores provienen de ciudades y pueblos del interior del país. No obstante, en el aspecto intelectual, el centralismo se manifiesta en la casi inevitable necesidad que muchos de esos autores han tenido de migrar a la capital y hacer en ella su carrera como tales.

Lima absorbe las creaciones de estos autores, sus talentos y, de alguna manera, los hace aparecer —ante el sentido común— como si fueran limeños. De este modo, se pierde de vista —para la mayoría de las personas— que autores como Abraham Valdelomar, José Gálvez Barrenechea, Víctor Andrés Belaunde, José Carlos Mariategui, Jorge Basadre, Víctor Raúl Haya de la Torre, César Vallejo, Federico More, entre muchos más, no nacieron en Lima, sino en diferentes puntos del Perú. El triunfo del centralismo limeño consiste en «demostrar» que sin las instituciones culturales —académicas o políticas— que Lima alberga, el talento de los mencionados personajes no hubiera podido florecer. No obstante, al final de cuentas —es necesario subrayarlo—, la cultura y sus manifestaciones —las investigaciones, los libros y revistas y las obras de creación—, que nos hacen sentir orgullosos, se componen de la interacción de obras tanto de autores provincianos, como de limeños.

JOSÉ FRANCISCO IBERICO

Entre estos últimos, se pueden mencionar a Luis Alberto Sánchez, Martín Adán, José María Eguren, José de la Riva Agüero, Alfredo Bryce Echenique, y muchísimos más. Como se puede ver, la creatividad y el conocimiento no son privativos de ninguna zona geográfica.

El problema no radica en que el talento sea patrimonio exclusivo de un sector específico, pues podemos comprobar que está distribuido por todo el Perú, sino en la debilidad e incapacidad de las instituciones en canalizar y hacer florecer, con resultados y obras tangibles, las cualidades creadoras de los autores.

Aunque sólo me he referido a autores reconocidos, también existen otros —del pasado y de la actualidad— que han tenido y tienen una influencia importante en sus respectivos ámbitos geográficos y culturales. Muchos de ellos han sido ahora cubiertos por los años y el olvido, pero en su momento sus palabras fueron escuchadas y sus opiniones, respetadas, debido a su condición de figuras ejemplares. Entre uno de esos autores —al que deseo referirme— está José Francisco Iberico —autor de *Miscelánea cuzquense*, publicada en 1926¹.

Iberico nació en Cusco, el 4 de octubre de 1871, es decir, el año del fin del primer militarismo, del surgimiento del Partido Civil y del auge del comercio guanero. También —recordémoslo—, vino al mundo ocho años antes de que se iniciara el conflicto bélico con Chile. Su infancia, pues, la pasó entre el *boom* económico y la desazón de la derrota — que, seguramente, inundó su hogar, a pesar de que el sur andino no fue un escenario privilegiado de la guerra—.

José Francisco Iberico fue hijo de Gavino Iberico y de María Cristina Miranda y Piérola y, al parecer, tenía lazos familiares con el *Califa* Nicolás de Piérola, gran caudillo del siglo XIX. Era primo de Mariano Iberico Rodríguez, importante filósofo nacido en Cajamarca, en 1892; por lo tanto, fue parte de la Generación de 1921 y, como muchos de sus contemporáneos, pasó de un arraigado positivismo a una visión mística y religiosa de la vida, trayectoria que se refleja en varias de sus obras — *Una filosofía estética* (1920), *El nuevo absoluto* (1926), *La unidad divina* (1932), *El sentimiento de la vida cósmica* (1939), entre otras—. Este proceso también fue seguido por autores como José de la Riva Agüero o Víctor Andrés Belaunde, por ejemplo.

Luego de concluir sus estudios escolares en su natal Cusco, en 1891, Iberico viajó a Lima y se matriculó en la Universidad Mayor de San

¹ José Francisco Iberico, *Miscelánea cuzquense*, Editorial Rozas, Cusco, 1926. Agradezco a la bisnieta del autor, Patricia González Castillo, por haberme dado la oportunidad de acceder a este libro.

OSMAR GONZALES

Marcos, en la Facultad cípulo de profesores vier Prado Ugarte-Villarán y José también compa- quienes serían tes personajes cultural y políti- rros, Rafael Tudela y Varela, Jara y Ureta—. No obstante, concluyó en la Cusco, a donde jo matrimonio dal y Suárez — una de las familias la Ciudad Impe- rico obtuvo el bachi- doctrina del porvenir» — sal y la intervención interna- la Universidad San Agustín de Arequipa, obtuvo el doctorado en derecho, en 1907.



de Letras, en donde fue dis- tan eminentes como Ja- che, Manuel Vicente Chacaltana. Fue ñero de estudios de después importan- de nuestra vida ca —Oscar Ba- Grau, Francisco José María de la sus estudios los Universidad del regresó y contra- con Enriqueta Na- quien pertenecía a más encopetadas de rial—. En 1904, Ibe- llerato con la tesis «La acerca de la paz univer- cional—. De igual modo, en

Iberico también fue un montonero, pues luego de renunciar a su puesto de amanuense del Ministerio de Justicia e Instrucción, se dirigió a Canta para ponerse a disposición de Isaías de Piérola —hermano de Nicolás— e incorporarse a la cuarta división con la clase de capitán. Es decir, integró las guerrillas que llevaron al poder —por segunda vez— a Nicolás de Piérola, quien ingresó a Lima a caballo, por Cocharcas, en la madrugada del 17 de marzo de 1895, junto a Guillermo E. Billinghurst, José Durand y otros, inaugurando una de las etapas más feraces, estables y promisorias de nuestra historia —la república de notables—, cancelada con el ingreso de Augusto B. Leguía en 1919.

No está muy claro, pero por el tenor de algunos de sus artículos de principios del siglo XX —incluidos en *Miscelánea cuzquense*—, se puede intuir que Iberico pasó luego a las filas del civilismo —otrora adversario de Piérola y luego de 1895, su aliado, al que después desplazó del poder en 1903—.

² Todos estos datos los he tomado de las notas escritas por A[lberto] Seguí, luego que dejó de ser director del diario *El Comercio del Cusco*, tituladas, simplemente, «J. Francisco Iberico».

JOSÉ FRANCISCO IBERICO

Iberico fue un hombre de leyes y ocupó diversos cargos; juez de paz, agente fiscal, inspector de instrucción primaria, visitador escolar, entre otros. También fue hombre de prensa; director y redactor de diversas publicaciones periódicas en el Cusco —*La Luz* (1891-1892), *El Estandarte Civil* (1903), *El Libre Sufragio* (1905), *La Breña* (1911)— y, además, colaborador de varios diarios cusqueños —*El Comercio*, *El Sol*, *El País*, *La Revista*, *El Artesano*, *La Unión* y *El Diario*—. Por medio de sus artículos, hizo muy conocidos los seudónimos de Rocambole y Fr. Cusco. En Lima, colaboró con los periódicos *El Comercio*, *La Opinión Nacional*, *El Diario* y *El Tiempo*.²

José Francisco Iberico también era hombre de pluma, pues incursionó en la escritura literaria. Incluso, llegó a ser presidente de la Sociedad Ensayos Literarios. A su trabajo profesional como abogado, agregaba su vocación de escritor, sea como periodista o como literato. Precisamente, *Miscelánea cuzquense* se compone de diversos artículos, agrupados en cinco secciones: Política, Suelos y biografías, Literatura, Instrucción y Jurisprudencia.

La sección Política está compuesta por una recopilación de artículos publicados entre 1903 y 1912, en algunos diarios del Cusco. En ellos, es notoria la admiración de Iberico por Manuel Candamo y el Partido Civil, que —como ya señalé— volvió al poder en 1903, después de 24 años. Es decir, después del gobierno de Francisco García Calderón —en 1881, en plena guerra con Chile—, al cual Ricardo Palma —convencido integrante del Partido Demócrata de Piérola— llamaba con sarcasmo «el gobierno de los magdalenos», debido a que su sede de gobierno estaba afincada en ese distrito —en lo que hoy es Pueblo Libre—. En esta sección, Iberico también rinde homenaje al fundador del Partido Civil, Manuel Pardo, asesinado en 1876.

En la sección Suelos y biografías, Iberico, fundamentalmente, destaca la personalidad de Nicolás Piérola —padre del presidente y hombre sabio—, contemporáneo de otra eminencia: el explorador italiano Antonio Raimondi. También recuerda al senador cusqueño David Matto —hermano de la autora de *Aves sin nido*, Clorinda—; rememora el natalicio de quien fue presidente, y cusqueño también, Serapio Calderón, y ensaya una interpretación de Manco Cápac, a propósito de la inauguración de un monumento en su homenaje.

Sin embargo, lo que más llama la atención en esta parte del libro es una réplica a las tesis políticas del poeta José Santos Chocano, quien se encontraba en la cúspide de su fama en ese año —1922—, y había afirmado, junto con el escritor argentino Leopoldo Lugones, que había llegado la hora de la espada, es decir, de los gobiernos fuertes,

OSMAR GONZALES

autoritarios. Esta afirmación produjo la rápida respuesta de una gran parte de la intelectualidad latinoamericana, entre los que se encontraba el ideólogo mexicano José Vasconcelos, con quien Chocano —para variar— también tuvo un durísimo cruce de palabras.

Iberico cuestiona la posición de Chocano desde una postura de excesiva modestia «por que se siente pequeñísimo para entablar discusiones públicas con el coloso-poeta que defiende un imposible político». No obstante, defiende con sólidos argumentos la necesidad de los gobiernos democráticos —especialmente, en el Perú— y prefiere repetir una osada frase de Isaías de Piérola, quien señalaba que no había que temer la «tiranía de la ley». En la sección Literatura —compuesta por poesías, dramas y discursos—, Iberico ofrece versos muy al estilo de la época; dulzones, juguetones, muy apegados a la rima y, también, costumbristas, en muchos momentos. Tampoco está ausente el sentido patriótico y doloroso. Completan la sección, en cuanto a creación literaria, la comedia de tres actos «Honor antes que amor», y el drama en tres actos «Venganza y castigo».

Entre sus discursos, el más importante es el que el autor pronunció con motivo de la renovación de cargos en la Sociedad Ensayos Literarios. En una parte de él, afirma: «No seamos serviles imitadores. Tampoco plagiarios desvergonzados. ¿Crear no podemos?... ¡A la obra!». Este reclamo y arenga es similar al que hiciera José Gálvez en su tesis de 1915, «Posibilidades de una genuina literatura nacional», en la que se oponía al pesimismo de José de la Riva Agüero, quien, en su tesis de 1905, *Carácter de la literatura del Perú independiente*, nos había condenado a ser simples epígonos de la literatura española. También, se publicaron dos discursos de Iberico con motivo de las sendas candidaturas de José Pardo a la presidencia, en 1904 y en 1915, entre otros de menor importancia.

La sección Instrucción es muy breve y está compuesta apenas por una conferencia pronunciada por Iberico, en 1912 —cuando se desempeñaba como visitador escolar de los departamentos de Cusco y Apurímac—, dirigida a los preceptores cusqueños.

Finalmente, en la sección Jurisprudencia, el autor aborda aspectos legales. En ella, sobresale la reproducción de su breve tesis de bachillerato, presentada el 6 de agosto de 1904, en la Universidad San Agustín de Arequipa. En este trabajo, Iberico sustenta el derecho de intervención, siempre y cuando ayude a evitar la guerra o su prolongación, y «resuelva jurídica, pronta y eficazmente todo conflicto internacional». Según los comentarios de la época, estas ideas —que en su momento no captaron mayor atención— tendrían gran actualidad 18 años después,

JOSÉ FRANCISCO IBERICO

cuando el presidente estadounidense Woodrow Wilson sostuvo —en su Declaración de 14 principios— la legitimidad de la intervención de los países más poderosos para defender a los más débiles. Este documento fue el sustento para la posterior formación de la Liga de Naciones — luego de la hecatombe que significó la carnicería de la Gran Guerra de 1914-1918—. Como sabemos, la Liga de Naciones fue el antecedente directo de las Naciones Unidas. Aunque la declaración de Wilson anunciaba claramente la política imperialista de su país, no fue vista así por muchos de sus contemporáneos.

Iberico perteneció —en tanto producto intelectual típico de su tiempo, caracterizado por la escasa especialización disciplinaria e institucionalización— a esa categoría de escritores que se puede denominar como pensadores sociales; es decir, aquellos que, por su calidad humanista-renacentista, buscaban abarcar diferentes ramas del saber y de la creación.

José Francisco Iberico tuvo una influencia significativa en la opinión pública cusqueña de su tiempo, pues provenía de una familia de prestigio; era reconocido como un hombre honesto y honorable que orientaba los sentimientos colectivos, mediante sus artículos periodísticos, y participaba del debate intelectual de su amado Cusco. Hoy, prácticamente, no se le recuerda, pero resulta estimulante y enriquecedor hacer una remembranza sobre la figura y obra de Iberico, especialmente para dar a conocer el papel que tienen los creadores en la conformación de la identidad de nuestros pueblos. Así como Iberico en Cusco, otras provincias, otros departamentos, otras regiones tienen, con toda seguridad, en el baúl de sus historias locales, autores que en su momento fueron sus símbolos y ejemplos, a los que siempre valdrá la pena recordar.